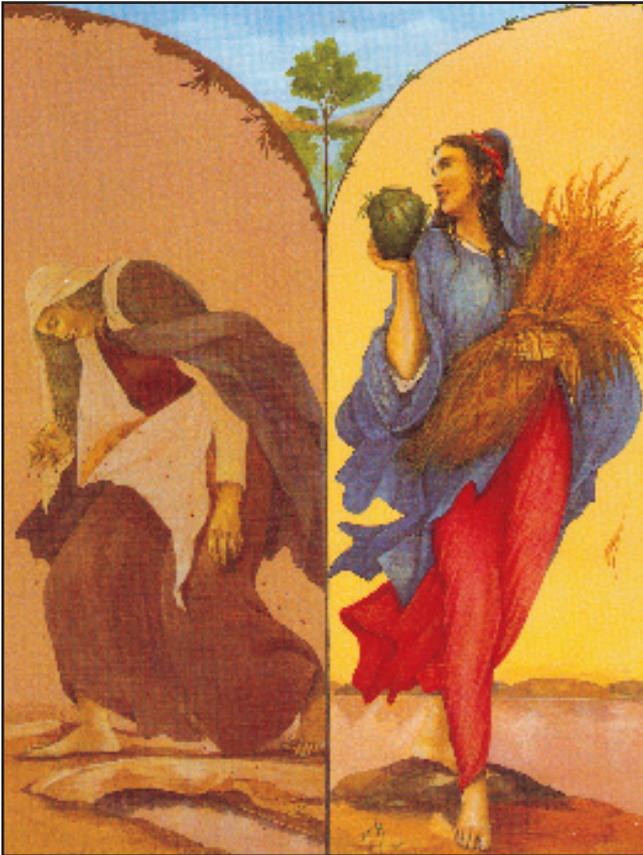


J. Alegre Aragüés - L. Alonso Schökel  
J. I. Blanco - J. Calvo  
J. R. Flecha - P. I. Fraile  
A. Gil Modrego - J. Ruiz Martorell  
V. Morla Asensio

# Personajes del Antiguo Testamento

Vol. II



acción social católica

verbo divino



J. Alegre Aragiés - L. Alonso Schökel  
J. I. Blanco - J. Calvo  
J. R. Flecha - P. I. Fraile  
A. Gil Modrego - J. Ruiz Martorell  
V. Morla Asensio

# Personajes del Antiguo Testamento

Vol. II

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41  
31200 ESTELLA (Navarra)

2005

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Tfno: 948 55 65 11  
Fax: 948 55 45 06  
[www.verbodivino.es](http://www.verbodivino.es)  
[evd@verbodivino.es](mailto:evd@verbodivino.es)

Tapa:  
Ilustración tomada de la obra  
*Descubrir el Antiguo Testamento hoy*,  
Editorial Verbo Divino.

Fotocomposición:  
Fonasa Pamplona (Navarra)

© Acción Social Católica, Zaragoza, 1998  
© Editorial Verbo Divino, 1998  
© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-637-9  
ISBN versión impresa: 978-84-8169-321-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Contenido

<i>José Alegre Aragüés</i>	
Presentación .....	7
<i>José Román Flecha</i>	
Josué: El talante de un líder joven .....	9
<i>José Ignacio Blanco</i>	
Samuel y el desprestigio de las instituciones religiosas	21
<i>Víctor Morla Asensio</i>	
Nabot: La dramática grandeza del débil .....	31
<i>Javier Calvo</i>	
Amós: La denuncia profética .....	49
<i>José Ignacio Blanco</i>	
Oseas: El Dios enamorado .....	67
<i>Javier Calvo</i>	
Babilonia: El exilio como tiempo de silencio fecundo ..	77
<i>Julián Ruiz Martorell</i>	
Jeremías: La pasión de una vocación .....	93
<i>Víctor Morla Asensio</i>	
Habacuc: El centinela de la historia .....	109
<i>Luis Alonso Schökel</i>	
Ezequiel: El profeta mudo .....	131
<i>José Ignacio Blanco</i>	
Jonás: El malestar ante un Dios desconcertante .....	141
<i>Ángel Gil Modrego</i>	
Job: La ausencia de Dios en el dolor .....	151
<i>Julián Ruiz Martorell</i>	
Rut, Judit, Ester...: Mujeres que hacen historia .....	181

<i>Luis Alonso Schökel</i>	
Qohelet: ¿Un postmoderno en la antigüedad? .....	201
<i>Pedro Ignacio Fraile</i>	
Tobías: La religión en dificultades .....	213
<i>Pedro Ignacio Fraile</i>	
Judas Macabeo: ¿Adaptación o fundamentalismo? .....	227

## Presentación

Aparece el segundo volumen de este proyecto sobre los personajes del Antiguo Testamento que con tanta ilusión comenzamos y que tendrá su continuidad con otros del Nuevo Testamento.

Nos alegra saber que hay personas esperándolo con interés. Esperamos no defraudarlo sino aumentarlo.

Algo que hemos pretendido subrayar con estos libros es que todos los personajes forman parte de una unidad global que, en conjunto, constituye la Palabra divina en que se expresa la experiencia humana de la vida como experiencia religiosa. Porque ésta no es algo distinto, sino la dimensión más profunda que va dando sentido, aire y esperanza a la humana.

Cada personaje es una palabra humana, demasiado humana, en donde se expresa la Palabra de Dios, que es la más humana de todas.

No nos ha interesado hacer un libro de anécdotas ni de personajes curiosos, sino reflejar el modo como Dios nos habla hoy a nosotros y lo que puede significar eso en nuestra vida. Eso será posible si descubrimos cómo el autor ha perfilado unos protagonistas del decir que hablan con su vida en un contexto.

No ha de darnos miedo que nos cueste entender la Biblia. No es fácil. Si se escribió en un proceso muy largo de tiempo, es lógico que su comprensión sea resultado de otro largo proceso.

En ello estamos. En el proceso de nuestra vida vamos descubriendo, cayendo en la cuenta, profundizando, escuchando... oyendo.

El ser humano es «el oyente de la Palabra» (K. Rahner). Y lo es a lo largo y ancho de toda su existencia. También nuestros personajes lo fueron.

La Palabra de Dios es un inmenso espacio que, conforme vamos introduciéndonos, sentimos que es Ella la que nos atrapa y seduce, y nos muestra nuevas fronteras y horizontes hacia los que dirigir nuestra admiración.

Sugerente, seductora, tiernamente humana, profunda, misteriosa, siempre inmensa y siempre cercana.

Prentendemos que este volumen sea una pequeña parte de ese proceso de comprensión y escucha, y que sea tan bien acogido como lo fue el primero. Agradecemos la acogida y el esfuerzo de los autores que prepararon y revisaron los originales.

Después de salir a la luz el volumen anterior, nos ha dejado, por su muerte, quien ha sido la vida de los estudios y la espiritualidad bíblica en España. El Padre Luis Alonso Schökel, el maestro, se fue. Nos legó algo de su ciencia, sabiduría y sensibilidad. Nos despertó la pasión por la Biblia. Gracias, maestro, por tu aportación. Gracias, Padre, por darnos figuras como él.

*José Alegre Aragiúes*

# Josué: El talante de un líder joven

*José Román Flecha*

De Josué todo el mundo parece saber algo. Quizá solamente una cosa, aparentemente la más llamativa: que en una ocasión, no se sabe cómo, fue capaz de increpar al sol y el sol se detuvo complaciente en su carrera para permitir al guerrero redondear su victoria. Es ésa una interpretación demasiado literal de una coplilla popular. Aquel vago recuerdo de epopeya se convertiría en fuente de dolor y discusión para Galileo Galilei y de escándalo para muchos científicos, creyentes y no creyentes. Una espina para todos los que siguen viendo insuperables incompatibilidades entre los caminos de la fe y los caminos de la ciencia. Un dolor para el mismo Josué, sin duda, si hubiera podido adivinar la trascendencia impensable de un verso que le atribuye un cronista poeta.

Pero Josué no podía ni siquiera adivinar estas escaramuzas, agazapadas en los futuros rincones de la historia. Josué sólo intentaba adivinar y construir la historia, esforzada y difícil, de su pueblo. Sólo pretendía vivir lo mejor posible su propia fidelidad.

Colocado en el umbral que separa la cultura nómada de la cultura sedentaria, el Josué de la historia ha sido glorificado y mitificado hasta confundirse con el Josué de la fe. El vago recuerdo de una persona se ha constituido en paradigma de un personaje de fe y de valentía. En modelo de una múltiple y difícil fidelidad.

## 1. La fidelidad al guía

Dicen que la vida del ser humano comienza siempre a proyectarse a la sombra de otras vidas. El adolescente sueña con un modelo personal que, más o menos conscientemente, trata de imitar y encarnar en su propio proyecto de vida. Es bueno y estimulante encontrarse pronto con una figura seductora y firme que ayude a soñar senderos bien perfilados para la personal empresa del futuro.

Pues bien, Josué vive al lado de Moisés. Tiene la suerte de crecer y caminar junto a un hombre grande, soñador de libertades y conductor de pueblos. Josué es el prototipo de todos los jóvenes que han descubierto pronto el resplandor de las tareas liberadoras, hechas vida en las vidas que se alzan y se mueven a su alrededor.

Es cierto que hay un peligro en esas situaciones: el del mimetismo de quien se limita a copiar los gestos del modelo. Pero hay también un espléndido desafío: el de mantener la fidelidad a los hombres de fuego y al ascua de sus ideales.

### a. *El monte o la cercanía en la oración de Moisés*

Los primeros indicios de tal desafío se encuentran en el ámbito de la plegaria. Josué es fiel a Moisés en las horas del *combate*. Aparece por primera vez, elegido por el guía, para luchar contra los amalecitas en la batalla de Refidim, mientras Moisés reza en la colina cercana (Éx 17,9.13). Pero Josué es fiel a Moisés también en las horas de la *oración*.

No es fácil vislumbrar los caminos de Dios en la cercanía alejadora de la nube, que representa su presencia.

En dos ocasiones recuerdan los textos sagrados que Josué ha tenido la ocasión de presenciar la oración del elegido del Señor. Josué tiene el privilegio, no concedido a los ancianos, de acompañar a Moisés a lo alto del monte en el que se le muestra Dios y le entrega las tablas de piedra (Éx 24,13). Y más tarde, por privilegio, pero también por atrevida y piadosa decisión personal, Josué, hijo de Nun, permanece en la tienda en la que Moisés habla cara a cara con su Dios, «como habla un hombre con su amigo» (Éx 33,11-12).

Ya en esto, la figura de Josué es paradigmática para un pueblo de creyentes. Entonces como ahora, el joven Josué aprende a descubrir el talante de Dios gracias a la oración de otros creyentes que se han acercado al misterio de Dios. Eso marca una vida para siempre.

Y la marca tal vez demasiado. Su fidelidad es demasiado celosa. Es por entonces demasiado joven y no ha aprendido a vivir en la paciencia (Nm 11,24-30). Se escandaliza del don de profecía, concedido a dos ancianos sin la intervención personal de Moisés: «como si la concesión de una gracia divina por un canal diferente pudiera disminuir la autoridad o el prestigio del gran profeta al que sirve» (A. M. Gerard).

#### b. *El espionaje o los proyectos y esperanzas*

Josué es fiel a Moisés en los proyectos y en la esperanza. Toda su vida habrá de recordar la misión de espionaje que le fue confiada. El texto bíblico se demora en recoger aquella antigua tradición.

Erán doce jóvenes: uno por cada tribu de Israel. Él debía de representar a su tribu de Efraím en aquella expedición que partió del desierto de Sin para ir por el sur a explorar el país de Canaán. Fue aquél el momento en el que Moisés le cambió su nombre de Hosea —«salvación»— por el de Josué —«Yavé es salvación»—, como para subrayar la importancia de su misión (Nm 13,16).

Nos parece descubrir las primeras pisadas, furtivas y temblorosas, sobre la tierra tantas veces soñada durante el lento peregrinar por las estepas. Era el tiempo de las primeras uvas. De un valle cercano a Hebrón, los exploradores trajeron a sus hermanos un espléndido racimo colgado de una pértiga. Se nos recuerda luego el informe apesadumbrado de diez exploradores y el llanto de la multitud desalentada que quiere desandar el camino de la liberación para volverse a Egipto. Pero se nos recuerda también el testimonio ardoroso de Josué y de Caleb:

«La tierra que hemos recorrido y explorado es muy buena tierra. Si Yavé nos es favorable, nos llevará a esa tierra y nos la entregará. Es una tierra que mana leche y miel. No os rebeléis contra Yavé, ni temáis a la gente del país, porque son pan comido. Se ha retirado de ellos la sombra que los protegía; y en cambio Yavé está con nosotros. No tengáis miedo» (Nm 14,7-9).

Su fe y su confianza a punto están de ganarle una muerte por lapidación. Es verdad que la empresa de conquistar aquella tierra se promete ardua y peligrosa, pero en el nombre del Señor será posible. La afirmación «Dios está con nosotros» preanuncia ya los oráculos relativos al Enmanuel y las promesas del Señor Jesús resucitado.

El relato se convierte en una parábola que se habrá de repetir por los siglos. Los hombres de la desesperanza perecen en el camino. Sólo Josué y Caleb sobreviven a la desgracia proclamada (Nm 14,38). La enseñanza resulta evidente. Sólo merecen el futuro los que han tenido el valor de soñarlo y de aceptarlo. Sólo entrarán en la tierra de las promesas los caminantes que, como Josué y Caleb, tengan un corazón arriesgado para creer en las promesas de Dios (Nm 14,30-31).

### *c. La unción o la disponibilidad al Espíritu*

Josué es fiel a Moisés en la *disponibilidad al Espíritu*. Imitar los gestos del gran personaje es relativamente fácil. Lo que ya resulta más difícil es llegar a identificarse con su mismo espíritu. Josué lo ha intentado respecto a Moisés. Su cercanía y su devoción al guía de Israel han superado incluso a las de Aarón, su hermano y portavoz.

El relato bíblico nos recuerda que Moisés pide a Dios que elija un hombre de su pueblo que guíe a la comunidad de Yavé «para que no quede como rebaño sin pastor» (Nm 27,17). La expresión nos remite a la compasión que Jesús siente a la vista de una multitud que se parece a un rebaño de ovejas sin pastor (Mc 6,34). Para la tradición cristiana, en efecto, la figura de Josué se alza en el recuerdo como imagen y profecía viviente del Mesías Jesús.

Pues bien, ante el ruego de Moisés, el mismo Dios elige a Josué y lo distingue con su predilección:

«Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el espíritu, impónle tu mano, y colócale delante del sacerdote Eleazar y delante de toda la comunidad para darle órdenes en presencia de ellos y comunicarle parte de tu saber, con el fin de que le obedezca toda la comunidad de los hijos de Israel [...] A sus órdenes saldrán y a sus órdenes entrarán él y todos los hijos de Israel, toda la comunidad» (Nm 27,18-21).

Moisés transmite ritualmente su propia misión al joven que lo ha acompañado en la esperanza. Bastará tan sólo una señal, una imposición de manos, para que Josué esté pronto para asumir su papel con esforzada dignidad (Nm 27,23).

Precisamente por eso, Josué podrá ser en adelante vínculo de armonía para un pueblo siempre díscolo y dividido.

## 2. La fidelidad después del guía

Dicen que el joven que se identifica demasiado con un modelo se desploma a veces cuando el modelo desaparece o se resquebraja. La señal de la madurez humana no es la fidelidad mimética al guía omnipresente e imprescindible y absorbente, sino la fidelidad libre, espontánea y creativa a sus ideales cuando el guía ya no está. La fidelidad a sus proyectos es más difícil que la fidelidad a su persona. Pero es más humana y humanizadora.

Josué tuvo la suerte de vivir al lado de un hombre grande, de esos que no exigen fidelidades incommovibles a su propia figura. A la hora de morir, Moisés dirige a Josué unas palabras ejemplares con las que le invita a depositar su confianza en Yavé, con valentía y con firmeza:

«¡Sé valiente y firme! Tú entrarás con este pueblo en la tierra que Yavé juró dar a sus padres y tú se la darás en posesión. Yavé marchará delante de ti, él estará contigo; no te dejará ni te abandonará. No temas ni te asustes» (Dt 31,7-8; 23).

Es la hora de la confianza en el Dios que camina con su pueblo. Es la hora de la fidelidad a una promesa divina, a un programa humano, a una esperanza compartida.

### a. *La herencia, o el ejercicio de la valentía*

La valentía no es el fruto de la insensatez o de la altanería. No ignora los peligros ni desprecia a quien los teme. Josué es presentado por los textos bíblicos como el valiente líder que afronta las dificultades que comporta la conquista de una tierra. En su fidelidad, Josué tendrá que afrontar la guerra con valentía.

Si es verdad que está lleno de sabiduría y cuenta para ello con la obediencia de su pueblo (Dt 34,9), su corazón ha estado muchas veces al borde del titubeo y de la duda. Pero en momentos semejantes, el hombre Josué escucha de su Dios las mismas seguridades que había escuchado del gran guía:

«Sé valiente y firme, porque tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré dar a sus padres [...] No tengas miedo ni te acobardes, porque Yavé tu Dios estará contigo dondequiera que vayas» (Jos 1,6-9).

Su valentía será fruto de la cercanía de su Señor y de la fidelidad a la palabra y al sentido de la Ley (Jos 1,7-8). Y su valentía traerá el fruto de la posesión de la tierra de la identidad, la antigua herencia prometida en otros tiempos a los padres.

#### b. *Rajab o la atención a los marginados*

En su fidelidad, Josué tendrá que mantener las promesas dadas a los hombres. Si sus emisarios habían hecho un juramento a Rajab, la prostituta de Jericó, que los había acogido y defendido (Jos 2,8-21), Josué sabrá mantener con gratitud y magnanimidad el juramento de los suyos (Jos 6,22-25).

El relato es toda una parábola de humanidad y de gracia. Parece sugerir que también fuera del pueblo hay siempre personas que abrigan los altos ideales del pueblo. Puede enseñar también que la conquista de la tierra nunca hubiera sido posible sin la ayuda de una mujer pagana, extranjera y marginada.

Pero la parábola no sólo habla al pueblo, sino que nos revela también el corazón compasivo de su guía. Es una especie de mensaje sapiencial. Nunca basta con aprender la fidelidad hacia los proyectos de Dios, si uno no ha aprendido a mantener la fidelidad hacia los más marginados de entre los hombres.

Josué parece haber entendido que se puede vivir en una ciudad maldita sin tener un corazón de maldición. Que también la ciudad –símbolo de la vida sedentaria– está llena de corazones nómadas. La hospitalidad, virtud privilegiada por los nómadas, es una seña de reconocimiento que alarga los confines institucionales de su pueblo.

### *c. El Jordán, camino de la liberación*

En su fidelidad, Josué repite los pasos que hicieron posible la experiencia de la liberación. Hay una curiosa simetría entre sus gestos y los gestos de Moisés, subrayada explícitamente por el texto bíblico, que pone esa intención en los mismos labios del Señor:

«Hoy mismo voy a empezar a engrandecerte a los ojos de todo Israel, para que sepan que lo mismo que estuve con Moisés, estoy contigo» (Jos 3,7).

Al paso del Mar Rojo, que había marcado en otro tiempo la salida de Egipto hacia el largo peregrinaje bajo la mano de Moisés, corresponde ahora el paso del Jordán, que señala la entrada en Canaán, la meta del camino, alcanzada bajo la mano de Josué:

«Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yavé se estuvieron a pie firme, en seco, en medio del Jordán, mientras que todo Israel pasaba en seco, hasta que acabó de pasar el Jordán todo el pueblo» (Jos 3,17).

La repetición de los hechos nos lleva a meditar sobre la continuidad del espíritu. La fidelidad a los ideales del guía Moisés ha llevado a Josué a la identificación con su sueño y su proyecto.

«Aquel día Yavé engrandeció a Josué delante de todo Israel; y le miraron a él como habían mirado a Moisés durante toda su vida» (Jos 4,14.23).

Hay hechos que son casi un sacramento. El paso del Jordán es la esperanza hecha presente. El paso del Jordán es la libertad sin retrocesos. El paso de la búsqueda al hallazgo.

Con razón, san Isidoro de Sevilla compara a Josué, hijo de Nun, con Jesús, hijo de María: dos personajes, con idéntico nombre, han bajado al Jordán para introducir a su pueblo en la tierra de la libertad.

## **3. La fidelidad sin falsos guías**

Dicen que el joven que consigue su independencia respecto al modelo que había querido copiar fielmente, cae con fre-

cuencia bajo la influencia tiránica de otros modelos menos familiares y benévolos. Otros guías se le imponen. Se pregunta cuál es el camino y hasta si hay en realidad algún camino. Y se le quiebran las certezas largamente modeladas en la arcilla.

Josué tiene la suerte –la gracia, sin duda– de vivir, de forma misteriosa, inefable e invasora, la experiencia del Dios que señala caminos exclusivos. El jefe del ejército de Yavé le hace revivir la experiencia de contacto con la santidad del mismo Dios. Moisés la había vivido, al comienzo de su aventura, ante la zarza ardiente del desierto como una revelación de su misión liberadora. Josué la vive, antes de la conquista de la tierra, cerca de Jericó, como una revelación del sentido de la conquista. Hay un detalle que se repite. Frente al misterio de los proyectos de Dios, el líder Josué ha de despojarse de sus sandalias, como entonces hiciera Moisés (Jos 5,13-15).

También esta teofanía tiene un valor sacramental. Ya no es la hora de la fidelidad a un hombre concreto. Tampoco es el momento de la fidelidad a una gran idea. Es el tiempo, indefinible y despojado, de la fidelidad a una experiencia totalizadora.

#### a. *Jericó o la fe en lo imposible*

Ahora ya se entiende lo de Jericó. Una fuente abundante debió de favorecer el asentamiento de grupos humanos muy antiguos en la zona. La inmensa zanja arqueológica nos descubre unas murallas que se remontan al tercer milenio antes de Cristo y que, por tanto, no corresponden a los tiempos referidos en el texto. La entrada en la tierra prometida ha sido sin duda embellecida por la leyenda mil veces recontada. Y magnificada por la observación de unos muros enormes varias veces reconstruidos a lo largo de los siglos.

«Jericó estaba cerrada a cal y canto por miedo a los israelitas: nadie salía ni entraba. Yavé dijo a Josué: “Mira, yo pongo en tus manos a Jericó y a su rey. Vosotros, esforzados guerreros, todos los hombres de guerra, rodearéis la ciudad, dando una vuelta alrededor. Así harás durante siete días. El séptimo día daréis la vuelta a la ciudad siete veces” [...] El séptimo día se levantaron con el alba y dieron la vuelta a la ciudad, según el mismo rito, siete veces. Sólo aquel día dieron la vuelta a la ciudad siete veces. La séptima vez, los sacerdotes tocaron la trompeta y Josué dijo al pueblo: “¡Lanzad el

grito de guerra, porque Yavé os ha entregado la ciudad! [...]” El pueblo clamó y se tocaron las trompetas. Al escuchar el pueblo la voz de la trompeta, prorrumpió en gran clamor, y el muro se vino abajo. La gente escaló la ciudad, cada uno frente a sí, y se apoderaron de ella» (Jos 6,1-20).

¡Toda una epopeya para un pueblo humilde que llega del desierto! Pero también ahora, la narración parece más religiosa que cronológica. Más que crónica, la historia se nos cuenta como parábola.

A esa luz, ¿resulta tan extraño el relato de la conquista de la ciudad, en una combinación de procesiones silenciosas y alaridos de trompetas? (Jos 6,1-16). La tradición épica se torna aquí simbólica para recordar que el triunfo sólo llega para aquellos que tienen la osadía de creer en lo imposible. El silencio humano se levanta vencedor contra el poderío de la ciudad que confía en sus murallas.

Una certeza rebrilla en el subconsciente creyente de un pueblo. Es el Señor quien lo ha hecho. Y la fuerza desvalida de las gentes que han puesto en Él su confianza.

#### b. *Gabaón o la fe que se esfuerza*

Ahora ya se entiende también lo del sol que se detiene en Gabaón (Jos 10,10-15). Las gentes recordaban la coplilla de un canto popular, mil veces repetida en las plazuelas. Podría acompañar los juegos de los niños. O bien pudiera ser una canción para alabar la belleza idealizada del paisaje regional. Pero en el texto, aquel antiguo estribillo es retomado como para evocar el señorío del hombre fiel sobre los mismos elementos de la naturaleza:

«Deténte, sol, en Gabaón,  
y tú, luna, en el valle de Ayalón».

Seguramente aquel día no fue más largo que los otros días. Ni el sol se detuvo en su lenta caída hacia las colinas. Ni el relato bíblico implica o replica el heliocentrismo de un sistema planetario. El texto utiliza un lenguaje cantarín para ofrecer una lección sapiencial.

Nada impedirá la victoria del que vive en una fidelidad hecha plegaria. Su victoria será un regalo asombroso e inexplica-

ble, tan sólo referible al son de la danza. Pero su victoria será el fruto de su esfuerzo extenuante, alargado de sol a sol. Hay una conclusión que se deduce por sí misma. No tienen derecho al triunfo los que no han hecho de su fidelidad un combate y una súplica.

c. *Siquem o la alianza que da vida*

Ahora ya se entiende, por fin, lo del pacto renovado allá en Siquem (Jos 24). Un pozo en la vaguada, entre los montes Ebal y Garizim, recuerda el abrevadero de los rebaños, el paso de las caravanas, el sitio del descanso y del encuentro.

El típico lugar de las experiencias religiosas de Abraham y de Jacob, padres del pueblo, será ahora el escenario para la renovación de la alianza religiosa de su pueblo. El recuerdo del pasado se torna acuerdo con vistas al futuro. Si en otro tiempo adoraron a otros dioses, al entrar en la tierra que su Dios les da, los hebreos han de prometer apartarse de todos los demás dioses. Los ídolos, adorados en otros tiempos o en otros lugares, son guías ciegos que a ningún futuro conducen. La verdadera fidelidad es exclusiva y excluyente. No admite la veneración de falsos guías. Ésa es la lección de Siquem. Ésta es la oferta de la fe yavista a otros grupos emparentados que tal vez no han presenciado los prodigios del peregrinaje por el desierto.

El texto pone en boca de Josué una auténtica profesión de fe en el Dios que ha guiado a su pueblo. Es una apuesta, una opción y una promesa:

«Ahora, pues, temed a Yavé y servidle perfectamente, con fidelidad; apartaos de los dioses a los que sirvieron vuestros padres más allá del Río y en Egipto y servid a Yavé. Pero, si no os parece bien servir a Yavé, elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Que yo y mi familia serviremos a Yavé» (Jos 24,14-15).

La fidelidad de Josué florece en la fidelidad de su pueblo, que una y otra vez (Jos 24,16.18.21) grita y promete allá en el valle: «A Yavé nuestro Dios serviremos y a su voz atenderemos» (Jos 24,24).

Antes de despedir a las tribus, que se dispersan para volver cada una a su heredad, Josué levanta un monolito que ha de permanecer como monumento y advertencia, como recuerdo y testimonio de la fidelidad a voces prometida (Jos 24,27). Era aquélla una costumbre habitual. Pero no hubiera sido necesaria aquella piedra. La misma vida de Josué se elevaba como recordatorio y exigencia de fidelidad para su pueblo.

Un hombre fiel hace fieles a mil. Si somos fieles a una persona, a una idea, a una experiencia, es porque a nuestro lado alguien ha recorrido los difíciles caminos de la búsqueda en la fidelidad.

## Conclusión

Debió de morir cerca del año 1200 antes de Cristo. La noticia de su muerte es sobria y ejemplar: «Después de estos acontecimientos murió Josué, hijo de Nun, siervo de Yavé, a la edad de ciento diez años» (Jos 24,29). Ya no nos llama la atención el dato sobre su longevidad, semejante a la del patriarca José (Gn 50,22.26), que tantas veces se evoca para subrayar la bondad religiosa y moral del personaje, a quien Dios ofrece en vida la retribución por su conducta. Más nos sorprende el hermoso título de «siervo de Yavé», que se había aplicado a Moisés (Jos 1,1; Dt 34,5) y un día se aplicará a David (Sal 18,1; 89,4,21). Ese mismo título servirá para cantar la figura paciente y redentora del «Siervo de Yavé», que, elegido por el Señor, salva a su pueblo por medio de sus dolores (Is 42,1), como anuncio y profecía de Jesús de Nazaret.

Fue enterrado en Timnat-Séraj, en la montaña de Efraím, al noroeste de Betel, en el territorio que él mismo había recibido en el reparto de la tierra.

Una última nota queda flotando en el texto bíblico: «Israel sirvió a Yavé todos los días de Josué» (Jos 24,31). Esas sobrias palabras del libro santo son el mejor elogio para un hombre esforzado que buscó siempre la liberación para su pueblo. Caminó sin demasiadas palabras, pero con una osada esperanza en lo que a todos parecía imposible. Con una infinita confianza en el Dios que señala los caminos. Con una valiente búsqueda en la fidelidad. Como quien se mantiene en la firmeza y camina en seguimiento del Señor.

Así lo recordaba su pueblo. Y así lo cantarían, siglos más tarde, en momentos de dificultad para su pueblo, Jesús, el hijo de Sirac:

«Josué, hijo de Nun, fue valiente guerrero,  
 sucesor de Moisés en la misión profética.  
 Haciendo honor a su nombre,  
 se mostró grande para salvar a los elegidos...  
 Siguió Josué al Poderoso  
 y en los días de Moisés mostró fidelidad,  
 lo mismo que Caleb, hijo de Jefoné,  
 haciendo frente a la multitud,  
 apartando al pueblo del pecado  
 y acallando la inmoral murmuración.  
 Por ello sólo ellos se salvaron  
 entre seiscientos mil hombres de a pie,  
 para ser introducidos en la heredad,  
 en la tierra que mana leche y miel» (Eclo 46,1.7-8).

También la tradición cristiana volverá a él sus ojos para recordar que, «por la fe, se derrumbaron los muros de Jericó, después de ser rodeados durante siete días» (Heb 11,30). La fidelidad del joven líder se confundía ya en la memoria con el brillo de la virtud y la experiencia de la fe.

## Bibliografía

- Auzou, G., *El don de una conquista*, Fax, Madrid 1967.
- Flecha, J. R., *Buscadores de Dios*, II. *Entre el recuerdo y la profecía*, Ed. Aenas, Madrid 1993, pp. 17-22.
- Gerard, A. M., *Diccionario de la Biblia*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1995, pp. 748-754.
- Ibáñez Arana, A., «Josué», en S. Guijarro-M. Salvador (eds.), *Comentario al Antiguo Testamento*, Madrid 1997, pp. 303-332.
- De Vaux, R., *Historia antigua de Israel*, Cristiandad, Madrid 1975.

# Samuel y el desprestigio de las instituciones religiosas

*José Ignacio Blanco*

## Introducción

Samuel ha dado nombre a dos libros historiográficos del Antiguo Testamento. La mayoría de los autores consideran que él no es el protagonista de los mismos, dejando este papel para Saúl y David fundamentalmente.

Sin embargo, Saúl y David, en sus respectivos comportamientos ambivalentes, deben mucho a personajes que se mantienen en la sombra o, cuando menos, van viviendo como Juan el Bautista: menguando para que otros crezcan.

Samuel fue escogido por Dios para una labor nada fácil: afrontar un cambio sociopolítico desde el discernimiento de lo que Dios le pedía. También hubo momentos en que se equivocó. Pero su fidelidad a lo que Dios le pidió brotó de la propia experiencia de saber que Dios había confiado en él al encargarle una misión.

Vamos a tratar un poco con él.

### 1. Contexto en el que le toca vivir: a caballo entre dos épocas

Cuando Samuel nace, el régimen político que se encuentra es el de las tribus. Sin embargo, el número de doce tribus no corresponde por sus nombres a las doce tribus entendidas

como descendientes de los doce patriarcas. La tribu de Leví no mantuvo territorio cuando fue encargada de actividades culturales; la de José fue instalada en dos «tribus» con los nombres de los hijos de éste: Efraím y Manasés (Gn 48). En todo momento, sin embargo, se mantuvo el número de doce probablemente dictado por el turno mensual (o bimensual) de sostenimiento del santuario central. Ésta, en algún momento llamada anfictionía israelita, difirió de las de otros territorios (Grecia y Roma, por ejemplo) no en su forma externa, sino en la adhesión al Dios bajo cuya protección se formó (Yavé).

Este sistema sociopolítico, en época de Samuel, no exigía una dirección política centralizada más que en casos de extrema necesidad o amenaza para una buena parte del territorio ocupado por las tribus por parte de un enemigo extranjero al que una tribu por sí sola no podía hacer frente. En estos casos, Yavé suscitaba un líder, llamado *juez* (*sofet*) y las hazañas de los principales están recogidas en el libro de los Jueces.

Puesto que la instalación en la tierra prometida se había realizado de forma escalonada y por el sistema de conquista teniendo que expulsar a otros pueblos, los miembros de las tribus de Israel no estaban precisamente bien vistos por sus vecinos (hititas, jeveos, joritas, jebuseos, pereceos, etc., cuyo conjunto es conocido como *pueblo cananeo*). Estos pueblos son, religiosamente, politeístas. El jefe de los dioses es Baal (= señor), título de Hadad, dios semita de las tormentas que reinaba como jefe de los dioses en una encumbrada montaña al norte.

Entre las divinidades femeninas destacan Aserá, Astarté y Anat, que representan el principio femenino en los cultos de la fecundidad. Son representadas como prostitutas sagradas.

En el mito cananeo era importante la muerte y resurrección de Baal, que correspondía a la muerte y resurrección anual de la naturaleza. Cuando el mito era reactualizado mediante un ritual se creía que las fuerzas de la naturaleza eran avivadas y que la ansiada fecundidad del suelo, animales y personas quedaba asegurada. Prostitución sagrada, homosexualidad, ritos orgiásticos eran prácticas rituales de los cananeos. Pero es importante no quedarse sólo en el aspecto envilecedor moralmente hablando de estas prácticas sino descubrir el aspecto de

esclavitud personal y colectivo que generan este tipo de ritos y prácticas. No en vano la raíz hebrea «Baal» significa «señor», «dominador» que termina esclavizando a aquellos que lo adoran. Conviene tener esto en cuenta a la hora de contemplar los enfrentamientos de Yavé con Baal.

En este momento Israel no fue un Estado ni tuvo gobierno central, ni ciudad capital, ni burocracia administrativa. Las diversas tribus gozaban de completa independencia. La sociedad tribal era patriarcal en su organización interna. Los ancianos resolvían los litigios y sus prudentes consejos eran tenidos en cuenta.

La «confederación» tenía su punto focal en el alto (*tel*) en el que residía el arca de la alianza, situada, durante la mayor parte del primer período, en Siló (territorio de Efraím, actual Samaría). En los días festivos establecidos acudían gentes de todas las tribus para buscar y celebrar la presencia de Yavé, renovar la alianza con Él e intercambiarse información acerca de problemas que les iban surgiendo. En estas «romerías» empezaron a originarse las primeras leyes de las tribus que surgían, casi siempre, a raíz de problemas comentados allí.

Esta renovación de la Alianza con Yavé había sido realizada solemnemente en tiempos de Josué y, tal como nos cuenta el capítulo 24 del libro homónimo, fue realizada en Siquén cuando los israelitas que se estaban instalando en la tierra de Canaán son forzados por Josué a tomar una decisión con respecto a Yavé, decisión que fue a favor de Éste. Pero dejaba un amplio margen de libertad a la práctica religiosa de sus miembros. Por ello, en esta época hay que distinguir bien entre religión nacional y tribal. Y de esta forma el culto yavista fue penetrando poco a poco en los santuarios de las regiones donde se habían instalado las tribus. Entre éstos cabe destacar el de Betel, que debió de ser el primer santuario de la confederación tribal (Jue 20,18.26s). Posteriormente lo fue Siló (1 Sam 1ss) y, después de su destrucción, lo sustituyó por algún tiempo Guilgal (junto a Jericó: 1 Sam 10,8; 11,14...).

En tiempos de Samuel la institución de los jueces toca a su fin y empiezan a darse las circunstancias oportunas para que empiece a plantearse un nuevo sistema político: la monarquía, que, en el caso de Israel, cuyo jefe supremo es Yavé, va a tener una problemática peculiar.

## 2. Presentación del personaje: Samuel

En torno al año 1070 a.C. nace Samuel, probablemente en Ramá y, según el redactor deuteronomista, autor de estos relatos, como fruto de un regalo de Yavé a sus padres, ya ancianos y estériles. Como correspondencia a este regalo sus padres lo consagran al Señor como *nazir*<sup>1</sup>.

Ateniéndonos a la etimología, Samuel significaría «su nombre es Dios»<sup>2</sup>. Sin embargo, no hay relación entre esta etimología y la explicación que su madre Ana da cuando le impone el nombre («se lo he pedido al Señor», 1 Sam 1,20) que correspondería mejor a la raíz *sam*, «escuchar». En este caso Samuel sería «Dios ha escuchado», identidad expresada en este nombre y que permite comprender mejor la respuesta de Samuel a la llamada de Yavé: si Dios escuchó la petición de mi madre, ahora «habla, que tu siervo escucha», lo cual va a convertirse en la misión de Samuel. Identidad y misión que brotan de un diálogo personal y que manifiesta la estrecha relación existente entre la identidad nueva que da Dios cuando se encuentra con el hombre, identidad que ya será orientada a cumplir la Palabra de Aquel que ha llamado.

Como consecuencia de su consagración al Señor, Samuel quedó en el santuario de Siló junto al sacerdote Elí (1 Sam 2,11).

Para muchas personas es conocido el relato de la vocación de Samuel (cap. 3), percibido como una relectura de Samuel y su misión a la luz del profetismo de los siglos VIII-V a.C. Sin embargo, pocas veces contemplamos la primera misión que Yavé le encomienda (1 Sam 3,11ss): tener que anunciar a Elí, su educador, a cuyo lado creció en el santuario de Siló y por quien sentía un gran aprecio, la destrucción de él y de sus hijos y de toda su familia. Uno de los signos distintivos, para el redactor deuteronomista, de los verdaderos profetas frente a los falsos: el falso profeta anunciará lo que el oyente o el que

<sup>1</sup> É. Lipinski. «*Nazir*: persona consagrada a Dios obligada a reglas precisas: debe abstenerse de vino y dejar crecer la cabellera. En tiempos de Samuel este voto era ya temporal». *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, p. 1081.

<sup>2</sup> J. Auneau, *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993. Voz: «Samuel», pp. 1390-1391.